

IRAN: FUERA EL VELO

Todo se hace por Decreto en el Irán. A la occidentalización impuesta por el Sha, sucede ahora la islamización, también por Decreto, del "iluminado" de Neauphle-le-Chateau. A la mundana tiranía de Reza Pahlevi, sigue una nueva opresión, tal vez la peor de todas: la religiosa. Las minorías y las mujeres son sus primeras víctimas.

El jueves 8, internacionalmente bautizado como Día de la Mujer Trabajadora, fueron millares las mujeres que se manifestaron por las calles de Teherán al grito de "fuera el velo". Y si ayer mismo, cuando rodaban por los suelos las estatuas del Sha y de su padre, el fundador de la dinastía, el tradicional "chador" era exhibido orgullosamente como emblema de la nacional frente a lo extranjero —conviene no olvidar que fue precisamente el padre de Reza Pahlevi quien prohibió oficialmente su uso en 1936—, hoy el velo vuelve a ser lo que siempre fue: símbolo de la inferioridad reconocida y de la sumisión de la mujer musulmana respecto del varón. En las revoluciones, ya se sabe, el tiempo histórico se acelera.

Pocas garantías pueden ofrecer a las iraníes las protestas del ayatollah en el sentido de que en la República Islámica por él pregonada e impulsada, la mujer tendrá igual derecho que el hombre a estudiar en la Universidad o a

ocupar, llegado el caso, un Ministerio. De poco les sirven sus afirmaciones de que si personalmente se opone, por ejemplo, a que las mujeres trabajen como secretarias es porque, hasta ahora, las secretarías iraníes han sido meros objetos sexuales y que ningún musulmán auténtico puede admitir que se trate a la mujer como objetos de juego igual que ocurre en Occidente.

Es cierto que algunas iraníes, que han hecho sus carreras en Occidente, con frecuencia en Estados Unidos, y que ahora han trocado sus "blue jeans" por largas y pudibundas túnicas, insisten en que el "chador" las hace en realidad más libres, y ofrecen explicaciones como éstas: "Nos cubrimos el rostro porque los hombres van siempre como animales en celo tras las mujeres y esto no sólo nos hace sentirnos incómodas, sino que también nos humilla". "La mujer no se siente tan atraída físicamente por el hombre como éste por la mujer: de ahí que, para restablecer el equilibrio,

debamos nosotras ir más tapadas". "Las mujeres en Occidente son superficiales, dependen siempre del hombre y su libertad es sólo aparente". "No creemos en la igualdad de derechos, sino en la distribución de deberes y derechos".

¿Cuál es, sin embargo, la alternativa? ¿La propuesta sagrada del Corán? Un libro que afirma tajantemente la superioridad esencial del hombre por las cualidades de que Dios le ha dotado, que permite al varón tener hasta cuatro esposas legales y un número ilimitado de esclavas y concubinas, así como rechazar o buscar el cuerpo de la propia mujer cuando le venga en gana, y que ordena lapidar a la adúltera si se encuentran cuatro testigos capaces de probar su delito. Justificación idiota atribuida a Jomeini: "Sí, pero será difícil encontrarlos". No tan difícil, según parece, porque ya se han dado casos de parejas de amantes azotados públicamente.

Es cierto que si el régimen del Sha promocionó a la mujer, fue sobre todo como potencial consumidora. No olvidemos, por ejemplo, que si entre la población masculina del Irán hay todavía un 67 por 100 de analfabetos, las mujeres que no saben leer ni escribir suman un 85 por 100, aproximadamente. Nada tienen que agradecerle las iraníes al esposo de Farah Diba. Pero tampoco parece que deban sentir la vuelta del ayatollah, Corán en mano, como una liberación, sino tal vez como anuncio de un yugo aún más duro. ■ JOAQUIN RABAGO.



Una mujer con el tradicional "chador", ante la estatua derribada del Sha.



Jomeini. En la foto: miles de izquierdista-
versidad de Teherán.

hostilidades de los dos Yemén y en la angustia de Hussein en Arabia Saudita; pasa por Turquía, que tiene pendiente una gran reivindicación islámica (a partir de la represión de Kemal Attaturk), llega a Afganistán, donde se lucha por buscar afinidades entre marxismo e islamismo, en Pakistán, en la India... La influencia tradicional del Irán en todo el mundo islámico es, ahora, enorme: ha dado el aliento de que una revolución hecha en nombre del Corán puede levantar montañas.

La velocidad de los Estados Unidos para contener lo que puede ser una revolución, que se llamaría guerra santa, está expresada en el viaje de Carter y en las distintas ofertas, que van desde el rearme de Arabia Saudita —a la que se puede extender la batalla entre los dos Yemén— hasta el riego de dinero, desde el esfuerzo por convencer a Sadat y de convertirlo en el "hombre fuerte" de Oriente Medio a las súplicas a Israel para que acepte nuevas formas de comprensión y entendimiento.

El desarrollo de todo este

movimiento general dependerá de la evolución de los acontecimientos en Irán. Si el ayatollah impone la ley de la dureza, como parece previsible, la extensión puede hacerse en el terreno de la violencia y de los enfrentamientos.

Muchos países pueden cambiar de dueño en los próximos años, y toda la geopolítica del Mediterráneo y de Asia variará de sentido. Hay musulmanes que entienden que este puede ser el principio del fin de los Estados

Unidos como Imperio y de Israel como Estado. Probablemente exageran sus posibilidades y las relaciones de fuerza: una revolución como la del Irán no se produce todos los días y en todas partes. ■